

6. Julio III había concedido jubileo plenísimo á todos los que en estado de gracia oyesen la primera misa que Francisco dijera en público. Dilatóse algo más de lo que se creía este acto, pero al fin se verificó en Vergara el 15 de Noviembre del mismo año. Habíase pensado tener esta función en la parroquia de San Pedro; pero cuando se supo la muchedumbre de gente que iba á concurrir, se mudó de plan, y el santo dijo su primera misa cantada al aire libre, en un altar que se puso delante de la ermita de Santa Ana. El concurso y la devoción del pueblo eran admirables. «Hasta los árboles, dice un testigo ocular, estaban cargados de hombres y mochos» (1). Más de doce mil personas la oían, y el santo dió la comunión por su mano á mil doscientos cuarenta y tantos (2).

Inútil es describir el asombro que en España y en toda Europa causó la nueva vida empezada por el antiguo duque de Gandía. En aquellos tiempos de fe tan viva se sabía apreciar mucho mejor que ahora estos actos heroicos de desprendimiento y religión. No faltaron, es verdad, algunos murmuradores que miraban como una falta á su deber el abandonar el puesto elevado é importante que Borja ocupaba (3). Pero estas ligeras murmuraciones pronto enmudecieron ante el coro de alabanzas, que todo el orbe católico tributó y sigue tributando á nuestro héroe por su generosa renuncia.

Muchas personas, así eclesiásticas como seglares, corrían á Oñate para ver con sus ojos la mudanza que tanto les asombraba, y no cabían de estupor ante el espectáculo de humildad que veían en el santo. Otros personajes que no podían ir á Guipúzcoa, le dirigían respetuosas cartas, manifestando con franqueza la admiración que sentían al ver el nuevo estado en que se consagraba al servicio divino. El duque de Maqueda, virrey de Navarra, le instó vivamente para que se acercase á la frontera de su virreinato, pues no podía resistir al ansia de tener una entrevista con él. Condescendió Borja con tan piadosos deseos, y en el mes de Octubre de 1551 hizo una

tierno acto, se conserva actualmente un cuadro que representa á San Francisco de Borja dando la comunión á los que oían su misa.

(1) El H. Benito, en carta á San Ignacio, escrita por Diciembre de 1551. (*Epistolae mixtae*, t. II, p. 652.)

(2) Acerca de esta función, véase la carta ya citada del H. Benito, y además otra del H. Antonio Gou en *Litterae quadrimestres*, t. II, p. 69. Adviértase que estas dos relaciones contemporáneas no mencionan el sermón que, según Cienfuegos (*Vida de San Francisco de Borja*, l. IV, c. 1), predicó el santo después de misa. Difícil es que tuviera fuerzas para tanto.

(3) Vide Ribadeneira, *Vida de San Francisco de Borja*, l. II, c. II.

excursión á Pamplona, donde se detuvo tres semanas, enseñando el camino de la virtud, no sólo al virrey, sino á otras personas principales que acudían á recoger las palabras y admirar los ejemplos de tan santo varón (1). También el infante D. Luis, hermano de Juan III, de Portugal, que años atrás había conocido á Borja en Valladolid, le escribió una afectuosa carta, felicitándole por su nuevo estado.

Vivían con el santo en Oñate otros cinco de los Nuestros: el P. Miguel Ochoa, que hacía de superior, el P. Benito, el H. Pedro Doménech, el H. Bernardo y otro Hermano Coadjutor á quien designan con el apellido Isla (2). Queriendo hacer un pequeño colegio, pidieron á la villa de Oñate la ermita de Santa María Magdalena. Fuéles concedida sin dificultad, y al lado de la ermita se edificó en poco más de un mes (¡qué tal sería el edificio!) una humilde casa que había de servir para colegio. Mientras duraban estas obras, Francisco, aunque algo atareado en los ministerios con los prójimos, procuraba en los ratos de ocio servir á los oficiales, y en más de una ocasión los que venían á visitar al duque de Gandía le hallaron convertido ya en cocinero, ya en peón de albañil (3).

No todos los que le visitaban iban sólo por verle. Había quienes se acercaban á Oñate con intento de vestir la sotana de la Compañía é imitar la vida del santo duque. Este año de 1551 se presentó Bartolomé de Bustamante, hombre docto y secretario que había sido del cardenal Tavera, arzobispo de Toledo. Había tratado importantes negocios, ya en Toledo, ya en la corte, visitando tal vez al mismo emperador. Sintiendo ahora deseos de servir á Dios, y no acertando con el camino, oyó la ruidosa mudanza de vida del duque de Gandía. No necesitó más. Al punto montó á caballo y voló á Oñate, donde se puso á las órdenes de Borja (4). De Cataluña llegaron el abad Pedro Doménech y Antonio de Gou. Poco después se presentaron dos discípulos del B. Juan de Ávila, ambos de noble linaje, D. Diego de Guzmán, hijo del conde de Bailén, y el Dr. Gaspar de Loarte, am-

(1) La relación de este viaje á Pamplona puede verse en la carta antes citada del H. Benito. (*Epistolae mixtae*, t. II, p. 647.)

(2) Estos nombres nos los da el H. Antonio Gou en carta á San Ignacio, fecha el 21 de Setiembre de 1551. (*Epistolae mixtae*, t. II, p. 597.)

(3) Ribadeneira, *Vida de San Francisco de Borja*, l. II, c. IV. También en otras ocasiones repitió Francisco este acto de humildad. Dos años después, en la construcción del colegio de Córdoba, le vió llevar tierra con una espuerta para la obra el testigo Pedro de Torres, que lo depuso en los procesos para la Beatificación de Francisco. (*Proceso remisorial de Madrid*, f. 26.)

(4) Ribadeneira, *Vida de San Francisco de Borja*, l. II, c. IV.

bos dotados de grandes virtudes, y que en adelante prestaron buenos servicios á la Compañía. El año de 52 llegó el más ilustre de todos, aquel D. Antonio de Córdoba, hijo de los condes de Feria y algo pariente de San Francisco de Borja. Otros de menos nombradía entraron en nuestra Orden, en Oñate, ó por lo menos sintieron entonces la vocación que años adelante habían de seguir (1).

Entretanto procuraba Francisco aprovecharse á sí y á los prójimos en su nuevo estado. Dudó á los principios si ejercitaría la predicación, por no ser entendido el castellano entre el vulgo de aquella tierra; pero después, convencido de que lo entendían muchas personas en los pueblos grandes, y rogado de varios que ansiaban verle en el púlpito, dióse al ministerio de la palabra divina con el fervor que es de suponer. Vergara, Elgueta, Mondragón, Bilbao, Vitoria y otros pueblos importantes de las Provincias Vascongadas escucharon la predicación apostólica del Santo (2).

En estos santos ejercicios empleó Borja la segunda mitad del año 1551 y los primeros meses del 1552. Entonces le llegó una carta de San Ignacio concebida en estos términos: «En el nombre de Dios os exhorto, Hermano carísimo, y ordeno que, saliendo de esa provincia, paséis á la corte de Valladolid y vais por diversas partes, cuanto la corporal salud lo sufriere, cumpliendo con tantas personas principales que para servicio de Dios y bien de sus almas os han deseado y llamado, y juntamente ayudad y dad calor á esos pequeños principios de fundaciones de colegios de la Compañía, según que en el Señor nuestro entendiédeses será mayor gloria suya» (3). Con esta carta le enviaba San Ignacio una instrucción secreta y copias de otras cartas escritas á Portugal, de que hablaremos más adelante. Deseaba el santo patriarca que Francisco se reuniese en Salamanca con el P. Miguel de Torres, nombrado visitador de Portugal, y que ambos

(1) Sobre todas estas personas hay muchas noticias en los tomos II y III de las *Epistolae mixtae*, y por medio de los índices se pueden recoger fácilmente los datos que hagan falta. No dejaremos de recomendar la lectura de las dos cartas escritas por el P. Antonio de Córdoba á San Ignacio (*Ibid.*, t. II, pp. 697 y 788), porque en ellas resplandece la insigne humildad y candor de este hombre verdaderamente santo.

(2) Para conocer la predicación de San Francisco de Borja, y la grande edificación que producía en el pueblo vascongado, léanse las cartas del P. Miguel Ochoa y del P. Solís, escritas desde Oñate el 8 de Enero y el 1.º de Marzo de 1552. (*Litterae quadrimestres*, t. I, pp. 490 y 557.)

(3) *Cartas de San Ignacio*, t. III, p. 49.

caminasen juntos en aquella visita, para mayor acierto en la resolución de los delicados negocios que allí se ofrecían.

Apenas recibió Francisco estas órdenes, salió de Oñate el 19 de Marzo de 1552 (1). Detúvose algo en Casa la Reina, pueblo de la Rioja, después en Burgos, y el 2 de Abril entró en Valladolid (2). Aunque había procurado que fuese su llegada secreta, apenas entró en casa presentóse el marqués de Távora con otros caballeros para visitarle. En los dos días que allí se detuvo fué tanto el concurso que acudía á verle, que, como escribía el P. Juan González, Superior de Valladolid, «no nos podíamos defender de gentes en casa, de donde nuestra probecilla de casa vino á ser un gran palacio de señores y otras muchas personas» (3). De Valladolid se encaminó á Tordesillas para verse con la infeliz D.^a Juana la Loca (4); pasó después á Toro por complacer á la infanta D.^a Juana, hermana de Felipe II, y el día de Sábado Santo, 14 de Abril, entró en Salamanca (5).

Aunque había trabajado por ocultar su llegada, con todo eso, apenas entró en casa, presentáronse en ella dos canónigos para darle la bienvenida en nombre del cabildo, y rogarle que se dignase predicar en la catedral (6). Respondió el santo ofreciendo su buena voluntad, y en lo del sermón se remitió al P. Miguel de Torres, que era allí su superior. Concertóse que predicase la *Dominica in albis*, pero después, viniendo varios religiosos agustinos y una comisión de caballeros, le rogaron con mucha instancia que el sermón fuese en el monasterio de San Agustín, por celebrarse allí en aquel día una fiesta muy principal. Á la cabeza de la comisión venía un joven nobilísimo, que con el tiempo había de ser una de las glorias más puras del episcopado español. Era el B. Juan de Ribera, mancebo entonces de veinte años, que estudiaba en la universidad de Salamanca (7). Húbose de condescender con ruegos tan autorizados, y el santo Borja predicó en la iglesia de San Agustín, escuchado por el

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 606.

(2) La relación más cumplida de este viaje la tenemos en la carta del P. Bustamante, que acompañaba al santo y refirió á San Ignacio desde Salamanca, el 29 de Abril de este año, todo lo que había sucedido. (*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 579.)

(3) *Epistolae mixtae*, t. II, p. 705.

(4) Sobre la entrevista del Santo en Tordesillas con D.^a Juana, y sobre la otra visita que la hizo el año 1554, puede verse á Rodríguez Villa, *La reina Doña Juana la Loca*, p. 384 y siguientes.

(5) *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 584.

(6) *Ibid.*, p. 599.

(7) Este hecho lo testifica el mismo Beato por estas palabras: «La primera vez

señor Obispo y por un grandísimo concurso, en el que se distinguían los más ilustres caballeros y doctos letrados de Salamanca. En los pocos días que allí se detuvo no cesaron un instante las visitas de los señores más principales y de muchos religiosos insignes que moraban en aquella ciudad. Á todos recibía con agrado el P. Francisco, y todos se retiraban atónitos de ver tanta humildad y llaneza en un personaje poco antes tan encumbrado.

No pasó más adelante, á Portugal, por las razones que á su tiempo explicaremos largamente (1). Por eso Francisco, al cabo de algunos días determinó volverse á Oñate. Pasó por Tordesillas, donde tuvo larga conferencia con el príncipe D. Felipe y la princesa D.^a Juana. El primero le anunció, creyendo darle una alegre nueva, que el emperador, su padre, le había propuesto al papa Julio III para cardenal. No esperaba tal cosa el santo varón, y con todo el fervor que le daba su humildad pidió al Señor que le librase de tales honras. Sus oraciones y las diligencias de San Ignacio, que había sido informado oportunamente del negocio, evitaron la dignidad que tanto suelen otros apetecer. En esta segunda oferta del capelo que se hizo á San Francisco de Borja, sucedió lo que refiere el P. Ribadeneira como acontecido en el año de 1551, esto es, la deliberación que hizo Ignacio sobre el aceptar dignidades, y la resolución firmísima que tomó de rehusarlas cuanto pudiese. Después de encomendar á Dios tres días este asunto, «fué tan grande, dice Ribadeneira, la claridad que tuvo, y tan firme la certidumbre que Dios le dió, de que lo debía estorbar [el capelo], que el mismo Padre me dijo que aunque todo el mundo se echara á sus pies y le rogara que no tratara de ello, no dejara de hacer lo que hizo, que fué hablar al papa y dar forma, como cumpliendo con el emperador, el P. Francisco se quedase en su bajeza, y con ella admirase y edificase al mundo» (2).

que le vi [á San Francisco de Borja] fué en Salamanca el año 1553, algo más ó menos, y entonces le besé las manos por cumplir con lo que se debía á su persona y santidad, y por suplicarle, como lo hice, que predicase el domingo de Quasimodo en el convento de San Agustín de aquella ciudad, á la fiesta que los estudiantes andaluces hacen. Esto me concedió con mucha benignidad, y así predicó, oyéndole con gran devoción el señor obispo, que entonces era D. Pedro de Castro, y grandísimo concurso de gente.» Carta al nuncio Decio Caraffa, escrita en Valencia á 25 de Octubre de 1608, é incluida en el proceso compulsorial de Madrid para la beatificación de Francisco, fol. 8. Nótese el pequeño olvido cronológico que padece el Beato, poniendo en el año 1553 lo que sucedió por Pascua de 1552, como lo demuestran las dos cartas contemporáneas del hecho. (*Litterae quadrimestres*, t. I, ps. 584 y 599.)

(1) Véase más abajo el cap. XVIII.

(2) *Vida de San Ignacio*, l. III, c. xv. Pueden verse las dos cartas que con esta

Salió Francisco de Tordesillas para volver á Guipúzcoa; visitó en Medina de Rioseco al almirante de Castilla, y en Paredes y Castrogeriz á los condes de estos títulos, y en el mes de Julio descansó otra vez en su casita de Oñate. Desde el verano de 1552 hasta Marzo de 1553 residió el santo en aquel humilde colegio, saliendo, como la otra vez, á las poblaciones vecinas para ejercitar su celo apostólico. Ya estaba allí para entonces el joven Antonio de Córdoba, que al lado de Francisco, é imitando sus heroicas virtudes, empezó su noviciado religioso (1).

El obispo de Calahorra, Juan Bernal, grande amigo de la Compañía, rogó vivamente al Santo que se dignase acudir á su diócesis, donde los escándalos y pecados públicos exigían el fervor de un apóstol. Aceptó Francisco la invitación, y durante un mes dió misiones, primero en Calahorra y después en Logroño. Secundaban sus esfuerzos los PP. Loarte y Guzmán, que esparcían la semilla de la divina palabra en los pueblos menores de la diócesis (2). Entretanto había negociado con San Ignacio el cardenal Francisco de Mendoza, arzobispo de Burgos, que pasase Borja á santificar á sus diocesanos. Escribióse desde Roma al santo este designio, y luego que lo recibió, salió de Logroño, donde se hallaba, y se encaminó á Burgos. Pocos días después fué llamado á la misma ciudad el P. Antonio de Córdoba para que allí se ordenase de sacerdote. Víspera del *Corpus Christi*, 31 de Mayo de 1553, el P. D. Antonio, como entonces se le llamaba, fué ordenado de presbítero (3), y al día siguiente celebró su primera misa en presencia de un devoto concurso.

Dos meses se detuvieron en Burgos San Francisco de Borja y el P. Antonio de Córdoba, obrando maravillas con sus sermones, con sus ejemplos y con los Ejercicios espirituales que dieron á varias personas ilustres. Ambos asombraban al pueblo con el ejemplo de su humildad y abnegación, y este ejemplo era tanto más edificante, cuanto estaba más fresca la memoria de la dignidad cardenalicia que

ocasión escribieron San Ignacio y el P. Polanco á San Francisco de Borja, con fecha 1.^o de Junio de 1552 (*Cartas de San Ignacio*, t. III, p. 59 y siguientes). Es de advertir que en esta vuelta del santo desde Salamanca á Guipúzcoa, además del príncipe D. Felipe le habló el cardenal Poggio, nuncio en España, persuadiéndole que aceptase la dignidad; pero á uno y á otro satisfizo el santo, convenciéndoles de que le convenía el estado de humilde religioso que había escogido. (Vide Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 613.)

(1) *Ibid.*, t. II, p. 611.

(2) *Ibid.*, t. III, p. 345.

(3) *Epistolae mixtae*, t. III, p. 325.

ambos habían renunciado. Efectivamente, en la proposición que de parte del emperador se hizo á Julio III para cuatro capelos en 1552, se había propuesto en primer lugar á San Francisco de Borja, y en tercero al P. Antonio de Córdoba (1). Imagínese el lector la impresión que haría en el católico pueblo burgalés la vista de aquellos dos hombres nobilísimos, que, después de renunciar las honras de su linaje, abandonaban también por Cristo las mayores dignidades eclesiásticas y se consagraban al servicio de los pobres en los ejercicios más admirables de la caridad cristiana.

Hubiera deseado San Francisco de Borja volverse de Burgos á su retiro de Oñate; pero fuéle necesario enderezar sus pasos á Portugal en el verano de 1553. Ya nunca más había de residir en Oñate, y este colegio, á quien la presencia de un hombre tan extraordinario había dado momentáneamente tan singular nombradía, perdió muy luego toda su importancia, y fué más bien en adelante una pobre residencia, de la cual apenas se hace mención en nuestras historias.

(1) Habíase pensado conferirles los capelos por Pascua de Pentecostés de 1552. Véase la humilde y prudentísima carta que el P. Antonio de Córdoba escribió á San Ignacio en esta ocasión, pidiéndole consejo y manifestándole su deseo de no aceptar tan eminente dignidad. (*Epist. mixtae*, t. II, p. 697.) Véase también lo que dice sobre lo mismo el P. Miguel de Torres en carta de 30 de Marzo de 1552. (*Ibid.*, p. 696.)

CAPÍTULO VIII

PERSECUCIÓN DE MELCHOR CANO

(1548)

SUMARIO: 1. Quién era Melchor Cano. — 2. Cuando empezó su enemistad contra la Compañía. — 3. Resumen de un libelo que escribió contra ella. — 4. Lo que decía en el púlpito en 1548. — 5. Medios suaves que se tomaron para aplacarle. — 6. Cartacircular del General de los Dominicos en favor de la Compañía. — 7. Documentos pontificios obtenidos por San Ignacio contra Melchor Cano. — 8. Defensa valiente que hace de la Compañía el dominico Fr. Juan de la Peña. — 9. Cesa la tempestad, y calla por algún tiempo Melchor Cano.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Persecutiones Fratrum*. — 2. *Cartas de San Ignacio*. — 3. *Regestum S. Ignatii*. — 4. *Epistolae mixtae*. — 5. *Litterae quadrimestres*. — 6. Polanco, *Historia S. J.* — 7. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*. — 8. *Brevia et rescripta antiquissima pro S. J.* — 9. *Cartas de Melchor Cano*, publicadas por Fermín Caballero.

1. Así avanzaba la Compañía en España; pero no avanzaba sin tropezar con graves dificultades. Desde los principios habían padecido los Nuestros algunas fuertes tribulaciones; pero ninguna les hirió tan en lo vivo como la persecución que se suscitó en Salamanca el año 1548. El carácter sagrado y el mérito altísimo de quien la movía la hicieron muy temible, y el partir el golpe del seno de una Orden religiosa, lo hizo mucho más doloroso, si bien después se consoló mucho la Compañía, viendo que la misma sagrada religión le curaba las heridas, corrigiendo prudentemente al hombre que las causaba.

Nacido en 1509 en la villa de Tarancón, provincia de Cuenca, Melchor Cano vistió el hábito de Santo Domingo en el convento de San Esteban, de Salamanca, en 1523. Allí mismo, hecha la profesión, continuó sus estudios, y el año 1527, siendo estudiante teólogo, debió de conocer á nuestro santo Padre, cuando, como vimos, estuvo éste en aquel convento tres días, y fué examinado por el Superior y por